



JUAN DE DIOS NAVAS E., Pbro.  
DE LAS ACADEMIAS DE HISTORIA Y BELLAS ARTES

---

# EN EL BICENTENARIO DE LOS GEODESICOS : DEL SIGLO XVIII :

---

DISCURSO EN LA SESION SOLEMNE DEL MUNICIPIO DE IBARRA

EL 28 DE SETIEMBRE DE 1936



QUITO — ECUADOR

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA

1937



EN EL  
BICENTENARIO DE LOS GEODESICOS DEL SIGLO XVIII  
1736 - 1936

*Excmo. Sr. Georges Terzer, Ministro de Francia en el Ecuador;*

*Ilustre Sr. General Georges Perrier; Hbles. Miembros del Comité  
Central France-Amérique;*

*Muy Rdo. Hermano Visitador de las E.E. CC., y Hermano  
Director de este Plantel;*

*Señoras, Señores:*

Habéis concluido vuestro discurso de ofrecimiento de este magnífico Certámen, Rdo. Hermano Director, con esta cumplida petición: «Dignaos comunicar a vuestro Gobierno que aquí en la lejanía existe un país pequeño sí, si se considera su extensión territorial, pero grande por el amor, la gratitud y la admiración para la nación que lanzó al mundo el magnífico lema de libertad, igualdad y fraternidad».

Y en verdad, señores, el Ecuador, potencia de tercer orden si se quiere, materialmente considerado, está en primera línea por la belleza y lo rico de su territorio; por las virtudes y prendas morales de sus habitantes. Tan cierto es lo dicho, que hace doscientos años, decíale José Jussieu a Juan Seniergues, en cierta familiar tertulia en la que, al cambiar impresiones, le enumeraba el primero al segundo los encantos y virtudes de nuestros pueblos y sus moradores: «Pero aquí, que la naturaleza, física y moralmente hablando, es aun pura y sensible, exhala todavía los perfumes de la inocencia e irradiaba la luz primitiva. Aquí, digo, puede uno confiarse en el amor, en la amistad, en la gratitud, en fin, en todos los nobles sentimientos del alma.....»

Sí, el esplendor, nobleza e idealismo de estas fiestas bicentenarias, son elocuente testimonio de estas y otras prendas y virtudes del pueblo ecuatoriano. Y lo es también este Certamen histórico, literario y musical, que hemos seguido con interés y aplaudido con entusiasmo. Certamen de gratísima sorpresa por su lucido éxito; éxito no sospechado en tiernos educandos de enseñanza primaria, pero sí esperado de la notoria competencia de pedagogos beneméritos, los Hijos de la Salle. Sorpresa que se convierte en complacencia y aplausos de parte de los Comités Franco-Américo y Central Ejecutivo, cuya representación traigo y cuyos sentimientos interpreto; pues que a ellos está dedicado este Certamen, como reconocimiento y aplauso a su tesonera y férvida labor, en la conmemoración de este glorioso Bicentenario.

\* \* \*

Hace doscientos años, señores, transitaba por estas calles de nuestra ciudad de Quito la lucida Misión Geodésica, enviada, para estudios científicos, por la Academia de Ciencias de París, a «estas regiones ecuatoriales, hermosas y singulares, donde alumbran en la noche los volcanes como faros, y dominan sobre la tierra el príncipe del fuego y el señor del trueno, como llamó un poeta francés al Chimborazo y al Cotopaxi». Y luego, divididos en dos Compañías, se les vió a los ilustres Académicos trabajar y sufrir — porque no hay grandeza ni progreso sin dolores y fatigas —, en nuestras elevadas cimas de los Andes, cubiertas siempre de brúñida plata, donde anidan y viven solamente los cóndores; empeñados — heroicos y generosos — en comprobar el entónces sospechado achatamiento de los polos, mediante una red gigantesca de triángulos, desde *Cochasquí* a *Mama Tarqui*.

A treinta y cinco montañas ascendió la Compañía Bonger — La Condamine — Maldonado, etc.; y a treinta y dos, la de Godin — Jorge Juan — Ulloa y otros, consiguiendo medir tres grados y medio del Meridiano, en el gran segmento que se dilataba desde la base de Yaruquí a la de Tarqui.

Trabajaron y sufrieron esos adalides de la Ciencia, de 1736 a 1739; a punto que, como lo refiere La Condamine: «El exceso del frío y la violencia de los vientos nos han tenido con los pies hinchados, las manos entumecidas y los labios encojidos y rajados, hasta el extremo de huir de la risa como del peor mal. . . . Nuestro alimento no ha pasado de arroz y de alguna carne, que recibíamos de las poblaciones con la ansia que recibe el sitiado la ración de cada día. . . . Muchas veces hemos quedado sepultados, por la noche, bajo la nieve y se ha necesitado la repetición de muchos milagros para no haber perecido. . . .»

¿Para qué insistir más en el recuento histórico de lo que fueron e hicieron los ilustres Geodésicos Franceses, en labor conjunta con los Tenientes Españoles y con nuestro sabio Maldonado, autor de esa

Gran Carta Geográfica del Reino de Quito, si los hemos visto, cual si retornasen a la vida, hablar y trabajar, gracias al magistral desahogo de estos niños de la Escuela Hermano Miguel; quienes, así se expresan y cantan en el idioma de Molière, Chateaubriand y Lamartine, como en el rotundo y sonoro de Cervantes, Fray Luis de León y Montalvo? Muy menos he de rememorar la obra de la segunda Misión Geodésica, que laboró en una extensión de setecientos kilómetros, o sean cinco grados de Meridiano, desde el cerro de Pasto en Colombia hasta Sullana en el Perú, si es nuestro Huésped de Honor, y preside también en este Acto histórico, el que fue entonces Capitán de Artillería, y es hoy General y Académico, Mr. Georges Perrier?

¡Francia, España y el Ecuador, unidos siempre en íntima lazo, en obras y en empresas que sintetizan estos tres ideales: Dios, la Patria y la Ciencia! El noble Gallo, el León invencible y el Cóndor atrevido, todos juntos en mutua colaboración, apoyo e influencia; ora al comenzar la obra científica que conmemoramos, el año 1736; ora al coronarla con éxito, en 1743; ora en estas conmemoraciones bicentenarias, el año de 1936!

\* \* \*

Sí, hemos convivido con los personajes y trabajos de hace dos siglos, gracias a este simpático y magistral Acto Histórico Literario. Y estas escenas me han traído a la memoria, ótra, hermosa y conmovedora, acaecida en Santa Ana de los Ríos de Cuenca, hace cerca de dos siglos. Rememóramosla.

Era el anochecer del 16 de Agosto de 1739, fecha en la que concluyeron los Geodésicos la magna y difícil labor de las triangulaciones gigantescas, en las dos cordilleras de los Andes. Sudorosos aún, empolvados, pero cubiertos todos de palmas y laureles, se congregaron, en algo así como un ágape de triunfo y confraternidad, para recordar en amena charla, después de los dolores, fatigas y casi tragedias, esta su obra heroica y gigantesca, de mayores sacrificios y relieve ciertamente, que la llevada a cima por Camus, Meupertuis, Le Monnier, Outhier, y Clairaut, allá en la helada Laponia.

¡Todos se hallaban reunidos! Contémoslos, pasémoslos revista: Godin, Bouger, La Condamine, Juan Santacilla, Ulloa; Jussieu, Godin des Odonnais, Seniergues, Verguin, Morainville, Maldonado, Hugot, . . . . ¿Falta acaso alguno? Sí, Couplet, caído para siempre en los campos verdes y floridos de Cayambe. Habían concurrido también, por especial invitación, los PP. jesuitas Jerónimo Herse, Félix Moreno y Antonio Salas; el Corregidor de Cuenca, Matías Dávila, y el Alcalde Nicolás Palacios y Oevallos. ¡Era ciertamente algo así como el primer Areópago reunido en las Colonias Españolas!

Hugot, determinó la hora de tan simbólica enanto histórica reunión: el gran Péndulo marcó las ONCE, TREINTOINCO MINUTOS Y VEINTE SEGUNDOS DE LA NOCHE.

¡Se discutió, se brindó, se pronunciaron discursos, en jovial y noble compañerismo! Ulloa púsose de pie, y señalando la CRUZ DEL SUR, que resplandeciente se destacaba en el estrellado Cielo: «En el inmenso territorio sudamericano, dijo, impera la Cruz sin obstáculos, sin corrupción, sin mengua alguna».

En seguida Bonguer, tras breves disquisiciones astronómicas, brindó a la salud de Camus y demás compañeros, ocupados en idéntica labor, allá, en el septentrión de Europa. «La Laponia, dijo, es más agreste y más salvaje que la América Española. ¡Que la fortuna les sea propicia, y que algún día nos encontremos sanos y salvos en nuestra patria!»

Se puso de pie La Condamine, y, con visión penetrante del porvenir, pronosticó que la obra de los Académicos había de ser justipreciada en los siglos venideros; y, cual si hubiese visto a través del tiempo y del espacio al Comité Central Ejecutivo organizar el lucido programa de estas fiestas bicentenarias, y como sintiéndose presente entre esta selecta concurrencia al Acto brillantemente presentado por los niños de la Escuela Hermano Miguel, así vaticinó: «Amigos míos; Yo no espero de esta generación los votos de alabanza, ni los agradecimientos que merecemos por nuestra obra de gigantes. Los siglos venideros nos harán justicia, y buscarán con ansia las huellas de nuestros pies en estos sitios escarpados, y el lugar donde hemos levantado nuestras rústicas chozas. . . . »

Antonio de Ulloa, salpimentó la reunión con el relato de anécdotas interesantes, que le acaecieron en pueblos y ciudades de la Presidencia de Quito. Y Jussieu, botánico distinguido de la Misión, después de ponderar y citar el acopio de datos y elementos para el progreso de las ciencias, recogidos entre la hermosura continuada de los más variados panoramas, hizo el panegírico de nuestra flora: «En las colosales montañas que hemos recorrido, le es dado al hombre contemplar a un mismo tiempo todas las familias de las plantas y todos los astros del firmamento. . . . y, por encima de otras formas del mundo tropical, todas las plantas que se ostentan en nuestra Europa, hasta que muere la vegetación en las nieves perpetuas, que sirven de radiosa corona a las cordilleras. . . . »

Irguñese Inego, joven y gallardo, D. Pedro Vicente Maldonado; este ilustre criollo que había surgido a esfuerzos propios y de su no menos ilustre hermano, el Pbro. Dr. Dn. José Antonio Maldonado, quien prevalido del ascendiente, prestigio y autoridad que le habían conquistado sus conocimientos científicos, en una labor de colaboración eficiente con los Geodésicos, hizo el elogio de la civilización autóctona: «Séame permitido retroceder más que Jussieu y contemplar esta llanura, estos campos, y remontarme a los tiempos del vasto imperio de los Incas. . . . Por estos lugares pasaba, señores, la gran calzada interandina. . . ., calzada que no cedía en solidez y extensión a las grandes vías romanas. En estos contornos se encontraba la preciosa y rica Tomabamba. . . . Aquí, señores, sí, aquí el gran conquistador Tupac-Yupanqui, ese Tamorlán de Occidente, pasó revista

al poderoso ejército que, a las órdenes de su hijo, debía entrar a la conquista de los Shiris. . . . » Y prosiguió Maldonado con el recuento de la civilización aborígen, concluyendo con estas palabras: «Recoged, franceses, estas memorias de la antigua patria de estos titanes del Imperio incásico».

Eran las dos de la mañana, cuando Jorge Juan Santacilia, cerró, tan histórica como cordial reunión, con estas palabras: «Bien quisiera ver salir el sol en medio de esta reunión encantadora, y acaso la más cordial que hemos tenido desde que nos hallamos por estos contornos; mas, los trabajos que debemos practicar mañana, exigen algún descanso. Recojámonos pues, dedicando antes un solemne testimonio de nuestra admiración y reconocimiento al Soberano que nos ha proporcionado estos días de gozo y esta ocasión de conocernos y amarnos. Señores: ¡que viva Luis XV de Francia!». Gesto que fue noblemente correspondido por La Oudamine, con idéntica exclamación para Felipe V.

\* \* \*

Señores: Los Comités France-Amérique y Central Ejecutivo se complacen de haber acogido e incorporado en su programa general este simpático Acto Histórico Literario; y el que habla y los representa, de haberlo presentado y patrocinado con tesón, como lo hizo posteriormente también, con los Certámenes del Pensionado de La Salle y Escuela de la Sagrada Familia.

Os felicitamos, pues, efusivamente, niños de la Escuela Hermano Miguel; y de manera especial, a vosotros, Maestros abnegados y pedagogos insignes, Hermanos de las EE. CC., aduciendo estas palabras de Silvio Péllico: «Estos cuidados, los del magisterio, que reúnen los de un padre y los de una madre no salen del alma de un mercenario. Ennoblecen al que hace de ellos su ocupación; disponen a amar y dan el derecho de ser amado».

Y como digno remate, Señores, y en recuerdo y en gratitud a los esclarecidos Geodésicos de la primera y segunda Misión, gritemos también nosotros, como en la histórica reunión del 16 de agosto de 1739, tres férvidos ¡VIVAS!: por Francia la inmortal, España la heroica y el noble Ecuador. Por los educandos y maestros de la Escuela Hermano Miguel. Y en fin, lo merece muy mucho, por el benemérito Comité Central y Ejecutivo del France-Amérique: ¡VIVA!

Quito, Junio 1.º de 1936.

(f.) JUAN DE DIOS NAVAS E., PRMO.

# Discurso en la Sesión Solemne del Municipio de Ibarra

---

**Setiembre 28 de 1936. Aniversario de la  
fundación de San Miguel de Ibarra**

---

*Excmo. Sr. Jefe Supremo;*

*Señor Presidente del M. I. Ayuntamiento;*

*Hbles. Sres. Ministros de Educación y de Guerra;*

*Señor Gobernador de la Provincia;*

*Vbles. Señores Sacerdotes y Religiosos;*

*Señores:*

El histórico acontecimiento, cuyo aniversario conmemora solemnemente hoy día el I. Municipio de Ibarra, se desarrolló hace trescientos treinta años cumplidos, al atardecer, plácido y hermoso, de un día JUEVES, VEINTOCHO DE SETIEMBRE DEL AÑO DE MIL SEISCIENTOS SEIS.

Este mismo viejo y fugiente sol doraba entonces agrestes campos, diseminadas palmeras y maduras mieses, fruto de la exuberante y cuasi paradisíaca vegetación del fértil valle de Caranqui; valle dividido entonces en dos, por las estancias de Antonio Cordero y Juana Atabalipa, en cuyas venas corría la sangre del último Emperador de Quito y el *Tahuantinsuyo*: de Atahualpa, a quien cupo la gloria de lucir juntas, en su erguida frente, la esmeralda de los Shyris y la borla carmesí de los Incas del Cuzco. Turbaban solamente el silencio de estos campos, las ondas del río de Caranqui, que se rompían atronadoras en las rocas del cauce; y el murmullo quejumbroso y lejano del oleaje del *Yahuarcocha*, enrojecido con la sangre de heroicos defensores de los patrios lares.

Del Asiento de Caranqui, parroquia de franciscanos, descendió en actitud solemne un grupo de más de cuarenta personas, a la hora en que transformábanse en aguas las nieves del adusto Imbabura y el lejano Cotacachi. Destúvose la comitiva en un campo equidistante entre Caranqui y los conventos de agustinos y dominicos; el de éstos conocido con el título de Nuestra Señora de la Peña de Francia,

donde colocara en esos días el ilustro quiteño y Apeles americano, Fray Pedro Bodón, la hermosa escultura de la Virgen del Rosario, futura Patrona de las Armas Españolas y de San Miguel de Ibarra. Y luego, pausada y grave, se oyó la voz del Escribano Público y de Cabildo, don Pedro Carvallo: «En el nombre de Dios Todopoderoso. . . . Yo el Capitán Cristóbal de Troya, por comisión del Señor Presidente Licenciado Mignel de Ibarra, Gobernador y Capitán general del distrito de la Real Audiencia. En 28 días del mes de setiembre de 1606 años. . . . y en nombre de la Real Majestad del Rey Don Felipe nuestro Señor: puebla, funda y establece la Villa de San Miguel de Ibarra, que es el nombre que por la dicha comisión se le manda y tiene señalado, porque de esta manera se ha de llamar y titular de hoy en adelante». . . .

¿Cuáles los límites y jurisdicción de la nueva Villa?

«Por la parte de la ciudad de Pasto, hasta el puente de Rumi-chaca; y por la otra parte, hasta el pueblo de Otavalo exclusivo; y por la otra, hasta la laguna de Cochicaranqui; y por la otra parte, hasta Lita, Quilca y Cahuaquí». . . . Acto seguido, el fundador mandó plantar la simbólica picota con horca y cuchillo, en el sitio que había de servir de plaza; y, desenvainada la espada, el Juez Poblador tomó posesión de la nueva Ibarra, prometiendo, con los allí presentes, «amparar y defender la dicha villa todas las veces que se ofreciere». . . . Luego, señaló solares para Iglesia Mayor, Casas de Cabildo, plaza y ejidos; y repartió provisionalmente — hasta el año de 1611 — estancias, huertas y cuadras, para los primeros vecinos y pobladores de la Villa.

Desde aquel día — jueves 28 de setiembre de 1606 —, nació Ibarra a la vida de los pueblos, risueña y hechicera, plena de vida y esperanzas, arrullada por las frescas brisas del Imbabura milenario. Y nació — prestádmelo atención señores —, y nació la futura Metrópoli de éstas que por autonomía son sus provincias — Imbabura y el Carchi —, *con un destino providencial, con una misión social que cumplir en el transcurso de los tiempos.*

La Religión y la Justicia presidieron en la nueva fundación, pues que extendió la Cruz sus simbólicos brazos, que dicen fe, civilización, y esperanzas futuras; y hubo Corregidor y Justicia Mayor; y tomaron asiento, en rústicas curules, los miembros del primer Ayuntamiento ibarrense. Y vedlos y contadlos, un año más tarde: el Cura y Vicario, Licenciado Dn. Cristóbal Tamayo Jirón, abre de par en par las puertas de la Iglesia Matriz — el 29 de setiembre de 1607 —; y, al dulce y consolador abrigo de sus incipientes bóvedas, congregados en ella el Capitán Cristóbal de Troya, Corregidor; y junto a él, enhiesto el Estandarte carmesí, que ostenta las Armas reales y las de la nascente Villa, el Alguacil Mayor Dn. Juan Martínez de Orbe; los Alcaldes Ordinarios, Dn. Vicente de Insuasti, Dn. Antonio de Carvajal, Dn. Francisco de Valencia, Dn. Juan Rodríguez Pacho, Dn. Mateo Moreno de Acosta, Dn. Pedro González Vaca, Dn. Francisco Valbuena, y el Procurador de Cabildo, Dn. Antonio

de la Canal, para entonar solemne TE DEUM, himno litúrgico de alabanza y acción de gracias al Señor de pueblos y naciones: «¡A Ti, oh Dios te alabamos, a Ti Señor te proclamamos! ¡Salva, Señor, a tu pueblo, y bendice tu heredad!».....

\* \* \*

Hoy día, señores, esta ilustre y progresista ciudad de Ibarra, cumple y festeja esos trescientos treinta años de vida social. Y en conmemoración de este magnó acontecimiento histórico, este Ilustre Municipio, que en serie ininterrumpida se eslabona con el primer Ayuntamiento ibarrense; que ha heredado, como los anteriores, sus tradiciones de patriotismo y de cultura, y a quien le ha de caber en suerte el coronamiento triunfal de la misión que, desde el día de su nacimiento a la vida de los pueblos, le confiara la Providencia a la ciudad de Ibarra, se ha congregado en Sesión solemne. Y en gesto, de veras noble y gentil, invita a ella a un Sacerdote nativo de Quito, pero cuyo corazón late por Ibarra, y cuya modesta pluma a esta ciudad y sus dos provincias está consagrada; y por el órgano autorizado de su dignísimo Presidente, Sr. Dr. Dn. Joaquín Dávila, así le escribió, tres meses ha: «En dicha sesión, el I. Concejo Cantonal condecorará a usted con una medalla de oro y le hará la entrega de un pergamino, testimoniándole, de esta manera, el agradecimiento del pueblo ibarreneño, por su magnífica obra histórica «IBARRA Y SUS PROVINCIAS»; recompensándole, en algún tanto, por sus afanos y desvelos para coronar su esfuerzo de llevar a término la edición de tan importante libro dedicado a Ibarra y a su grande anhelo de salida al Mar»..... Tan benévola resolución, patrocinada por los Sres. Dres. Alfonso Gómez Jurado y Dn. Rafael Miranda la aceptó y aprobó por unanimidad este I. Municipio, en sesión extraordinaria de 12 de junio próximo pasado. — ¡He ahí, señores, el por qué de mi presencia en un Acto tan solemne y distinguido; he ahí la razón de esta áurea preseña, prendida justamente sobre el corazón, junto a las Palmas Académicas de Oficial, colocadas poco há sobre este pecho sacerdotal por el Exmo. Sr. Georges Torvor, a nombre del Gobierno de la culta Francia! Y os testifico, señores, que esta sesión edilicia, tan gentilmente acordada por el I. Municipio de Ibarra, ha de grabarse, con caracteres de reconocimiento y recuerdo indelebles, en las memorias de mi vida; ya por la solemnidad y el galardón, de singular aprecio y valía; ya por los sentimientos que embargan mi ser; ya, en fin, — paradojas de la vida —, hasta por el luto y dolor intensos que me acompañan, como os lo manifestarán mejor estas delicadas frases del Sr. Dr. Alfonso Gómez Jurado, escritas el 10 de julio: «A nombre de la I. Cámara Municipal en que presido accidentalmente, presento a usted el más sentido pésame por el fallecimiento de su señora madre..... Cúmpleme también comunicarle que, por el motivo anterior y particular petición del señor don Víc-

lor M. Guzmán, el Ayuntamiento tuvo a bien transferir el acto de su condecoración para el día 28 de setiembre próximo, fecha recordatoria de la fundación de nuestra tan querida ciudad». . . . . En suma, señores, todo un haz de bondades e hidalguías de este I. Municipio, que no olvidaré jamás, y por las cuales le tributo, en esta solemnidad, públicos, sentidos e imperecederos agradecimientos!

\* \* \*

Tras esta pública y sincera expresión de perdurable e intensa gratitud, paréceme oírse esta pregunta: ¿y cuál es la misión social, cuyo cumplimiento le urge a Ibarra realizarla, desde el 28 de setiembre de 1606? ¿Sabéis, señores, cuál? Lo expresó por escrito el Presidente de la Real Audiencia, Licenciado Dn. Mignel de Ibarra, en Auto fechado en Quito el 23 de setiembre de ese mismo año. En dicho documento, después de manifestar el Presidente la utilidad y conveniencia que para ambas Magestades y el público se desprendían de la fundación de Ibarra, añadió: «Y demás de que el dicho sitio es abundantísimo de comidas, leña y agna, y se podía por dicho paraje abrir el camino más breve para Panamá, por lo cual me suplicaron les concediese hacer la dicha población, y que nombrase persona para que, sin interés la hiciese».

¡He aquí la razón de ser, la misión social de Ibarra y sus provincias: ABRIR EL CAMINO MAS BREVE A PANAMA, realizar un proyecto acariciado por los conquistadores, perseguido a través de los tiempos, y a pesar de obstáculos y resistencias, y al fin coronado con éxito, pues que vosotros seréis los escogidos a ceñiros la frente con los laureles del éxito y la victorial!

Y cabe proclamarlo ahora: ¡en la contienda de abrirse paso triunfal al Mar del Sur, la constancia y el heroísmo de Ibarra y sus provincias, corre parejas con el heroico propósito de Blasco Núñez de Balboa y un puñado de intrépidos compañeros, por el descubrimiento de este mismo Mar, hacia cuya visión y conquista llegarán decididas e intrépidas, Pichincha, Imbabura y el Oarehi, tras sostenido esfuerzo de casi cuatro siglos!

No os fatigaré, señores, con el relato integral de empresa tanto más gigantesca y contrariada, cuanto más benéfica y patriótica: me permitiréis solamente un breve bosquejo, a grandes pinceladas.

\* \* \*

Apenas terminada la conquista de Quito, Sebastián de Bonalcázar clavó sus miradas en la cordillera andina occidental, por si descubriera alguna abra o depresión, que le permitiese salir al Mar de Balboa. Buscaba ese incógnito camino que dió acceso al altiplano a

los inmigrantes Caras, Mayas, Olhibchas, Chorotecas, etc., y también, de la sierra a la costa de Esmeraldas y Manabí, a conquistadores Incas de la talla de Tupac-Yupanqui. ¡No había tiempo para detenerse, y el empuje conquistador llevó hacia el Norte a Sebastián Moyano! Fundó Cali; y lo que no le fue dado realizar desde la antigua sede de Atahualpa, lo llevó a cima desde el Cauca, descubriendo una salida al Océano, por medio de sus tenientes Juan Ladrillero y Pascual de Andagoya; y consiguiendo el mismo Benalcázar, desembarcar el año de 1541, en el puerto de San Juan de Buenaventura, y llegar al valle del Cauca, portador de los títulos de Adelantado y Gobernador, obtenidos personalmente en España.

Iniciada la tregua de la conquista, se prosiguió la lucha contra las selvas y montañas occidentales, hacia el Mar de Balboa. Y allí fueron: Lorenzo de Aldana, Pedro de Puelles, Rodrigo de Ocampo, Antonio de Hoznayo, Pazan y Valderrama, Alvaro López, Gonzalo Díaz de Pineda, Francisco de Orellana, y otros ciento. Se comprendió, asimismo, la penetración desde la costa al altiplano: el año de 1577, desembarca en Atacames y penetra en el interior, el Pbro. Miguel Cabello Balboa, sobrino de Vasco Núñez de Balboa, el célebre descubridor del Océano Pacífico; y también los mercedarios Gaspar de Torres y Juan Bautista de Burgos. Y al fin, como un señalado triunfo, se escribe lo siguiente el año de 1582: «Desde esta ciudad (de Quito) hasta la dicha bahía (de San Mateo) hay cincuenta leguas, dos más o menos».

¡Empero, la trocha abierta y conquistada a fuerza de luchas heroicas, torna a ser reconquistada por la bravura y exuberante vegetación de la montaña y las selvas! Preciso era cambiar de táctica, fijar otro centro de operaciones, acortar la distancia, penetrar por otro reducto. Por esto se le escribió al Rey, el año de 1573, en estos términos: «En el pueblo de *Carangue* podría haber un pueblo de españoles; es el mejor y más sano temple, de buen cielo y suelo de las Indias; está a quince leguas de la ciudad de Quito y veinticinco de la de Pasto; alcanza tierra fría y caliente; es tierra fértil, bastecida de leña y yerba, y hasta tierras vacas y perdidas, donde se podría sembrar».

\* \* \*

¡En la cerúlea comba de este hermoso cielo, ascrita con estrellas resplandeco y titila ya esta inscripción: VEINTIOCHO DE SEPTIEMBRE DE MIL SEISCIENTOS SEIS!

¡De pie, gallarda y esforzada, se presenta Ibarra, armada caballero para la conquista del Mar de Vasco Núñez de Balboa. Y el santo y seña de todo Corregidor y Justicia Mayor de la nueva Villa será este: ¡de Ibarra al Mar!

En cumplimiento de este mandato, el año de 1607, el fundador y primer Corregidor de Ibarra, Capitán Don Cristóbal de Troya, se

internó por las selvas y montañas occidentales, en busca de la tan ambicionada salida al Mar: descendió por la hoya del río Santiago y sondeó la bahía de Ancón de Sardinas. Y luego, en prosecución de tan noble como beneficiosa conquista, marchan intrépidos, Pablo Durango Delgadillo y Miguel Arias Ugarte. El primero obtiene el sonado triunfo de que penetre a Quito, por semejantes desfiladeros, el Ilmo. Sr. Fray Alonso de Santillán; y el segundo, abre trocha en la selva y la montaña, da con el puerto de Santa Bárbara de los Ostiones, y funda el Asiento de San Ignacio de Montesclaros, en recuerdo del Virrey del Perú que patrocinó la empresa. Con justicia, pues, el Presidente de la Audiencia de Quito, en carta fechada el año de 1612, le dice al Rey: «Porque demás del buen camino y navegación que hay por este nuevo puerto (de Montesclaros) a Tierra Firme, y poderse navegar en todos los tiempos del año, con comodidad, es mucho el socorro de comidas y otras cosas que por este puerto se puede sacar para Tierra Firme, y otras partes».

Mas, las conquistas del esfuerzo en bien de la Patria y de su progreso, quedaban anuladas por la naturaleza y los hombres: la selva y los ríos se encargaban de borrar hasta los vestigios del sendero; y los nativos de las montañas destruían las poblaciones. ¡Era una cuasi conjuración de la exuberancia bravía aunada con el salvajismo, para lanzar el grito de ¡no pasarán!, impidiendo el abrazo de la sierra con la costa y el anchuroso Mar!

¡Vano, injusto y antipatriótico empeño: aquí está Ibarra, serena y esforzada; llena de fe inquebrantable en la misión social que le encomendara la Providencia Divina. Es el centinela impertérrito, vigilante y activo entre Quito y San Lorenzo!

¡Y tornan a la empresa y la faena, fija la mirada en el lejano Mar: Francisco Pérez Menacho, Rodrigo Hurtado de Avendaño, Vicente Justiniani, Hernando Soto Calderón, y otros ciento y otros mil. Sucumbe alguno en la contienda; unos empapan la ruta con lágrimas y sudores, y otros fertilizan la empresa con su sangre: Fray Pedro Romero y Capitán Raymundo Heredia de Santa Cruz. Y prosiguen adelante, erguida la visera, sin treguas ni desmayos en la empresa: Maldonado, Caldas, Posse, Bello, Ortíz, Maquín, Ulloa y Juan, Mutis, Pombo, Pérez Calama, Cuero y Cayzedo, Miranda y Suárez, para sólo citar a los más connotados!

¿Y cuál el auxilio, en semejante empresa, de algunos Obispos y no pocos Cruzes y Misioneros? El importantísimo de la creación y mantenimiento de pueblos y parroquias, especialmente a lo largo del camino al Mar; ya que, como lo expresó Ohateaubriand: «La Cruz es el estandarte de la civilización»; y lo proclamó Pio Nono, cuando la erigió en la Diócesis de Ibarra: «Donde quiera que se levanta una Cruz, se agrupa en torno una población, aunque sea en la cima del Chimborazo». Entonces se crearon o rehabilitaron, entre otras parroquias, las de Santa Rosa de Atacames, Lachas, Ouajara, Santa Ana de Malincho, de la que así se expresó Don Miguel Bello el año de 1800: «Tomo buen temperamento, sin plagas; fértil todo aquel

terreno que brinda abundancia de frutos, lisonjeándome que no bien experimenten los nuevos colonos lo benigno del clima y la proporción de fundar espaciosas chacaras, se animarán muchos a establecerse en dicho territorio».

Grato nos es hacer especial mención, en esta solemnidad, del trabajo de dos sabios, ecuatoriano el uno y el otro neogranadino: Don Pedro Vicente Maldonado Sotomayor, y don Francisco José de Caldas. Maldonado, hombre de talento superior y férrea voluntad, concluyó el camino de Quito al puerto de Atacames, emprendió luego en el de Ibarra al Mar del Sur. Así le escribió, el año de 1736, al Presidente de la Real Audiencia: «Considerando que un solo camino que lo atravesase, aunque fuese suficiente para verificar las utilidades meditadas en los autos de esta materia, no bastaría para la satisfacción de todos mis vastos designios, discurrí descubrir también el otro camino desde la Villa de Ibarra a la misma costa de Esmeraldas, que ofrecieron abrir los Gobernadores mis predecesores, Pablo Durango Delgadillo, Francisco Pérez Menacho, el Comisario Juan Vicente Justiniani y Don Fernando de Soto, persuadiéndome a esta nueva empresa, los motivos siguientes».... Estudia luego las diversas ventajas de este camino, ya para la exportación de los abundantes frutos de Ibarra; ya para la explotación de las minas de oro descubiertas en el río Santiago; ya, en fin, para el pronto y seguro acceso de las embarcaciones procedentes de Panamá. En tal virtud, concluye el ilustre sabio: «Pido licencia a V. A. para proseguir y perfeccionar dicho camino.... y aunque a los demás asentistas de esta misma empresa, se concedieron por V. A. muchos premios de los que pidieron, no obstante yo me sacrifico voluntariamente a abrir dicho camino a mi costa y expensas, sin gravamen alguno de la Real Hacienda, exponiendo mi caudal, mi salud, y todos mis beneficios a los riesgos y trabajos inseparables de semejantes empresas»....

Sesenta y siete años más tarde el sabio Caldas, recorrió y estudió este camino, y presentó al Barón de Carondelet un informe favorable: «En esta época, escribe, se trataba de romper un camino que comunicase del interior de la Provincia de Quito, a las costas del Océano Pacífico. Mil dudas agitaban al Presidente Barón Carondelet, sobre la bondad, longitud y gastos del camino de Malbucho.... El encargo de Mutis sobre este punto, y la comisión que merecí de Carondelet me obligaron a dejar a Quito en Junio de 1803. Yo entré en estas seledades ardientes y malsanas; pasé trabajos imponderables; levanté una carta corográfica de estos bosques; fijé la posición de muchos puntos astronómicamente; describí el curso de Mira, de Bogotá, Santiago, Cayapas; sondeé el puerto, y lo establecí para siempre en 1° 29' latitud boreal;.... formé un perfil barométrico desde el Océano hasta las nieves eternas del Imbabura.... Restituído a Quito levanté la carta del camino de Malbucho, que a juicio de los inteligentes es precisa e importante. Con ellas se fijaron las incertidumbres del Jefe, y merecí las gracias más expresivas por la carta original que acompañé»....

En verdad, señores, admira y entusiasmo el estudio que el sabio neogranadino tituló: «Viaje de Quito a las costas del Océano Pacífico, por Malbucho, hecho en Julio y Agosto de 1803», íntegramente redactado para proclamar las ventajas del camino de Ibarra al Mar, y enriquecido con numerosas observaciones científicas. «El río de Mira, — escribe Caldas — toma su origen en el ramo más oriental de los Andes, al occidente de las ruinas de los antiguos Cofanes. . . . atraviesa el valle de Tusa, viene a Ibarra, y volviéndose al Norte, rompe el ramo occidental de los Andes, abre brecha en este muro formidable y nos presenta una salida cómoda, una comunicación con el Pacífico y el descenso más graduado y suave desde los países más elevados hasta los lugares más bajos de nuestro globo» . . . .

¡Con estas palabras, señores, reconocía y enunciaba implícitamente el sabio Caldas, cómo el brazo omnipotente del Hacedor Supremo había trazado en esta región una ruta maravillosa para llegar al mar! Y concluye Don Francisco José de Caldas con el siguiente pronóstico, que antes de un lustro lo veremos ampliamente realizado: «El conocimiento de este país, su extensión, naturaleza, las dudas que tanto tiempo han agitado al Gobierno, y a todo buen patriota, disipadas; las esperanzas de un comercio activo y de una felicidad próxima, afirmadas sobre medidas exactas».

\* \* \*

No debo abusar, señores, de vuestra atención culta y benévola; y así, interrumpiendo el relato, sin historiar la actuación de nuestros Jefes de Estado, en más de cien años de vida republicana, lleguemos a nuestros días. Antes, empero, he de contestar a una pregunta, que brota espontánea a flor de labios. ¿En esta *gesta magna* de casi cuatro siglos, no se habilitó jamás el sendero de Ibarra al amplio y seguro puerto del Pailón o San Lorenzo? Que nos conteste el esclarecido Obispo y eximio patriota, Ilmo. Sr. González Suárez: «El camino llegó a concluirse, y ya se trajinaba por él: varios buques de Panamá tocaron en el puerto, y la obra comenzada parecía que tendría al fin el resultado apetecido; sin embargo, no sucedió lo que se esperaba, porque el temor de que por este puerto podrían entrar corsarios. . . . *porque*, apenas se había rozado la selva en una parte, cuando tornaba a reproducirse con mayor vigor: los pantanos eran profundos, el clima enfermizo, y la región por donde atravesaba el camino, casi completamente inhabitable. A estos motivos hay que añadir la contradicción que, secretamente, hacían al camino los comerciantes de Guayaquil, a cuyos intereses había de causar perjuicios, sin duda ninguna, la formación de un nuevo puerto mucho más cercano a Panamá, y por donde se podría establecer en breve un comercio activo entre las provincias del Norte y los pueblos de Centro América, y aún de Méjico. . . .», hicieron fracasar la empresa.

¿Qué hacer? ¿Cómo domeñar la maraña y exuberancia selvática

cas? ¿Cómo triunfar de los hombres y la naturaleza? ¡El secreto del éxito, de esta que ahora sí debemos llamar *vuestra victoria*, ha consistido en vuestra fe y constancia heroicas, incontrastables; y en que, hace veinte años justos, en consonancia con los progresos modernos y circunstancias locales, cambiastéis de procedimiento, y decidistéis que fuese indestructible camino de hierro el que realice para siempre el secular anhelo de un abrazo entre Ibarra y el Mar! ¡Y hubo otro factor decisivo de lucha y de victoria! ¿Sabéis cuál? Desde esta tribuna, y en aniversario de tanto recuerdo y gloria, me place proclamarlo, con fervorosa admiración y convencimiento pleno: ¡se fundó «EL FERROCARRIL DEL NORTE»! ¡Vocero infatigable del anhelo y voluntad de los nobles hijos de Imbabura y el Carchi; mantenedor heroico del sacro fuego de fe, entusiasmo y patriotismo; paladín, no pocas veces, de resistencia y de combate: sus Bodas de Plata, las del culto y benemérito Director de «EL FERROCARRIL DEL NORTE», se las debe de festejar allá, donde el Mar dulcemente se aduerme y se reclina en suaves y hermosas sabanas de arena, en las playas del Pacífico!

Veinte años ya, señores, de iniciado el ferrocarril Quito-Ibarra, Ibarra-San Lorenzo; y vosotros conocéis mejor, como protagonistas denodados, las varias vicisitudes, ya de optimismo, ya de prueba e inquietudes, desde cuando el Ilmo. Sr. González Suárez le escribió al señor Ministro de lo Interior, Dr. Modesto Peñaherrera, con fecha 30 de julio de 1916, estas memorables frases: «Oiertamente, como dice Ud., la noticia de que se ha comenzado ya a trabajar el ferrocarril de Quito a Esmeraldas, no puede menos de ser agradable para todo ecuatoriano, que ame sinceramente a su Patria, y desée de veras el progreso y adelantamiento de ella; ese ferrocarril, según mi juicio, tiene una importancia trascendental, así para el mejoramiento de la administración interior de la República como para sus relaciones con el exterior: une con la Capital provincias que, por las condiciones topográficas, se han mantenido hasta ahora, punto menos que aisladas y casi diríamos abandonadas: el día en que el Canal de Panamá — esa obra portentosa del poder yanqui — se abra al comercio del mundo, el Ecuador palpará las ventajas que, en todo sentido, está destinado a proporcionar el ferrocarril que, en buena hora, se ha comenzado ya a trabajar. ¡Ante las ventajas, que a la República entera ha de proporcionar en lo futuro el ferrocarril de Quito a Esmeraldas, el egoísmo debe guardar silencio!»

¡Veinte años sí, de dificultades y obstáculos en medio de los cuales siempre se os vió firmes, abnegados y resueltos; convencidos de que os apremia cumplir una misión social de vida o muerte: SALIR AL MAR! En ocasiones, es un técnico extranjero que en defensa de esta obra magna, se expresa así: «No me cabe duda, que en muchas partes del litoral, la construcción y conservación de una *carretera sólida*, que sirva también en *invierno*, sería más costosa que la de un ferrocarril de segundo orden». — En otras, es el Excmo. Señor Alejandro Paquel Monge — al del célebre juramento del Nudo de Cajías — cuyo recuerdo hacíale exclamar así, el año de 1923: «Las im-

ponentes cumbres del histórico Nudo de Oajas serán monumento impercedero del gigantesco y creador esfuerzo de las bizarras provincias del Norte!!.... Esas mismas cumbres se tornarán en tribunal sombrío y severo para juzgar y sentenciar a quienes, desesperadamente, intenten burlar nuestros anhelos, y estorbar la marcha de Imbabura y Oarchi hacia la civilización y la gloria!!!.....»; es él, decimos, que enardecido de patriótico fervor clama en los siguientes elocuentes términos: «Consentir en que se boten dineros para la obra de un triste *camino de herradura, que de nada serviría*, simplemente es consentir en la ruina del ferrocarril.... Después de habernos sacrificado tanto, después de las épicas jornadas ferroviarias, después de tantos heroísmos patrióticos, hemos de venir a parar en *caminos de herradura!*.... Hemos de resignarnos a ir a lomo de cansada bestia, por entre las malezas rebeldes de un camino invadido por la selva, que recobra sus derechos y porfias indomables, a recibir el ósculo compasivo de las olas del Océano!....»

Y también, para concluir, es el benemérito vocero de la opinión pública de imbabureños y oarchenses, (1) que se yergue y clama a los cuatro vientos: «Es una vergüenza que en más de cien años de vida republicana no haya sido posible realizar el Ferrocarril a Esmeraldas, siendo así que su importancia es indiscutible y como tal ha sido reconocida, no solamente por los Congresos, sino también por técnicos de conocido valor y prestigio profesional, quienes han ponderado las incalculables ventajas de esta línea férrea que, repetimos, no puede ser substituída por ninguna otra vía de comunicación, si en verdad buscamos el mejoramiento económico del país».

\* \* \*

¡Tiempo es ya, Ilustre Municipio de Ibarra, culto y benévolo auditorio, de concluir y retornar a Quito, henchida el alma de impercedera gratitud, con el reconfortante e indeleble recuerdo de esta Sesión solemne, portador de presecas de tanta significación y valía! Para los momentos de la despedida, siempre emocionantes y sinceros, son los recuerdos, palabras y pensamientos más delicados, las recomendaciones de mayor gravedad y trascendencia!....

¡Me parece, señores, por los destellos de aurora que fulguran en Occidente, que en el indefectible Reloj del Tiempo, que solamente lo maneja y regula la Providencia Divina, se acerca la hora del éxito de esa misión social de que os he venido hablando, para cuyo cumplimiento nació Ibarra a la vida de los pueblos, y resurgió lozana y progresista después del cataclismo de 1868. Hora, por lo mismo, que reclama centuplicada atención y vigilancia, por delicada y decisiva!.... Hace quince días solamente, «EL FERROCARRIL DEL NORTE», en artículo oditorial titulado «Intensificación de trabajos»,

(1) «El Ferrocarril del Norte».

se expresaba así: «Por su parte los Empresarios, en su afán de cumplir con los compromisos y cláusulas del Contrato, dentro del plazo estipulado — tres años — han resuelto convocar contratistas para la ejecución de desbanques a destajo. . . . Cada día crece nuestro optimismo por la realización del secular anhelo de los pueblos setentrionales: la salida al Mar; y al calor de esa fe inquebrantable en tan nobilísimo ideal, seguimos paso a paso la marcha triunfal de la Obra como lo hemos seguido en sus horas de vicisitudes y vacilaciones, sin dudar un instante de que ella se realizará por el querer de estas comarcas y por la patriótica decisión de un Gobierno, encarnado hoy en dos ciudadanos que constituyen una garantía para ella, por el apoyo eficaz que le han prestado: los señores Ingenieros Páez y Ayala, Jefe Supremo y Ministro de Obras Públicas, respectivamente».

¡Sí, en verdad, señores, por la fe y voluntad de estas comarcas; por el apoyo eficaz y patriótico del Gobierno; fe y voluntad y apoyo que se conservarán incólumes y vigorosos, aun en el caso de nuevas vicisitudes de adversidad o de prueba. . . .!

¡Señores: el Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo, debe ir siempre en progreso, ha de ascender siempre. . . .! ¡Oh!, si conjuntamente subiera también el tren, abriendo el camino de San Lorenzo a Salinas, no lo dudemos, la conmemoración trecentésima trigésima quinta de la fundación de San Miguel de Ibarra, será el himno de victoria y acción de gracias, por el coronamiento de esta legítima aspiración de siglos, de esta Obra magna y patriótica de llegar, por Ibarra, al Mar del Sur o de Balboa!

¡Ilustre Ayuntamiento de Ibarra: al despedirme, reconfortado y agradecido, me es honroso y grato entregaros, en este glorioso aniversario, los dos volúmenes de la Historia de nuestra hermosa y progresista Metrópoli, y de las dos Provincias de Imbabura y el Carchi. Esas 638 páginas, de hechos tan lúcidos y nobles, escritas fueron con suficiencia ciertamente, pero escritas con veracidad y con cariño. Las tinieblas de fatigas y quebrantos, que me envolvieron en casi diez años de indecibles faenas, disipadas quedan hoy día, con tanta luz y gentileza vuestras. De modo que, en correspondencia de hidalguía, no diré lo que Cid Hamete, al final de su libro inmortal: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, no sé si bien cortada o mal tajada, péñola mía. . . .»; sino al contrario; continuarás trabajando, modesta plumamía, para ampliar más y más la abundante y selecta Historia de Ibarra y sus Provincias!

¡Caballerosos y cultos Miembros del Municipio ibarronse; selecta y benévola concurrencia; nobles imbabureños y carchenses, para todos vosotros, mis agradecimientos y recuerdos!

JUAN DE DIOS NAVAS E., Pbro.

*Ibarra, 28 de setiembre de 1936.*

